

Luces de raíz negra

Elizabeth Romero Betancourt *



Noche de candela. Cartagena Colombia. 2006 © Manuel González de la Parra

Hacia 1992, Manuel González de la Parra inició una relación de amistad y trabajo con los pobladores de Coyalillo, Veracruz -a sólo unos minutos de Xalapa-, una comunidad negra formada por descendientes de esclavos africanos que trabajaron en las haciendas azucareras de la región durante los siglos XVI y XVII y otros llegados desde la Florida un siglo más tarde. Luego de varias visitas y muchas horas de tomar fotos lo mismo que convivir con las gentes, logra articular un ensayo fotográfico de largo aliento, gracias a una concepción humanista en donde el proceso creativo forma parte del proceso de vida. Años más tarde, en 1999 acude a Colombia, a la costa del Pacífico, en donde se ubica Tumaco, población fundada por esclavos libertos y cimarrones llegados en el siglo XVII. Con menos tiempo para convivir, pero con la serenidad de carácter y el sosiego de un ojo suficientemente entrenado y entregado, encuentra aquí “lo mismo en lo diferente”. Generaciones de mestizaje y geografías distantes no borran sin embargo rasgos comunes. Resultado de ambas experiencias es el libro *Luces de raíz negra*, (Barcelona, FONCA/UV/IVEC/IRD, 2004) con textos de Odile Hoffmann, Adriana Naveda, Sylvia Navarrete, y poemas de Alfredo Vainin, que condensa también las varias versiones de la exposición del mismo nombre presentadas en distintas latitudes, y que asimismo inspira el video realizado por Emmanuel Solís, enriquecido con música original.

De no ser por la fotografía quizá la otredad permaneciera invisible. En otros siglos, la colonización impuso esclavitud y exterminio; carentes de voz e imagen los vencidos no tuvieron acceso a la historicidad. Luego de las luchas de liberación y emancipación, algunos pueblos decidieron no hacer más contacto con la cultura hegemónica y así permanecer ocultos. Hacer visible al otro no es común en un mundo globalizado que en la más baja utopía se sueña homogéneo, ya que precisamente es en la diversidad, en las diferencias, en las particularidades en donde radica la riqueza de lo humano. Dedicar el tiempo

* Escritora y artista visual; Premio Nacional de periodismo Cultural “Fernando Benítez”, 1997 y Premio Nacional de Periodismo “José Pagés Llergo”, 2004.



Humberto. Coyolillo, Veracruz México. 1992 © Manuel González de la Parra

a contactar al otro, a conocerlo, a escucharlo, a comer de su comida y bailar en sus fiestas es un ejercicio humanista. No es casual la mirada relajada de los retratados, no es obra de la fortuna el ingresar a los espacios más íntimos; Manuel no habría obtenido esta complicidad de no ser porque antes, mucho antes de la cámara, ha aproximado su propia humanidad a la de estos negros y negras que bien lo reciben en el campo y la cocina, frente al altar o en plena faena. La atención prestada a los niños y la reciprocidad de su mirada sugieren una cauta aproximación -como la de quien con sigilo teme ahuyentar a los pájaros- y atrapa al ensimismado fabricante de un tambor, y en nada altera la cotidiana escena de la madre peinando a la niña de rostro imperturbable; y anda el fotógrafo en donde andan los niños, unos en Coyolillo quitándose el calor metidos en el aguaje mientras allá lejos las mujeres lavan; un par más en Tumaco bañando en armonía de chorros los cuerpecitos ya marcados por el trabajo y las carencias; anda también en las estrechas calles de balcones de madera que casi se tocan y encuentra ahí a la hermanita mayor que apenas puede cargar a la hermanita chiquita, en ese ensayo de maternidad de una infancia sin muñecas. Y ataviadas de muñecas -los vestidos con crinolina y los tocados de encaje- halla a las sobrinas listas para la ocasión mientras la tía Julia ríe sosteniendo también la risa de su preñez. Va González a mirar la faena de los hombres rodeados de naturaleza, en entornos cuya temporalidad está referida a las épocas de siembra, cosecha, pesca, recolección. Rodeados de agua, guardando el equilibrio, tres cuerpos flexionados, tres remos a la misma altura, la fuerza de trabajo convertida en la energía que impulsa a una esbelta embarcación en la que yace la aparente

maraña de redes, que los mismos brazos arrastrarán ya de vuelta, quiera dios, colmada. La imagen de una floresta que casi huele y donde se intuyen zumbidos es el escenario cotidiano para la cosecha de la palma africana, materia para enseres que debe ser cortada con la elemental herramienta de una pértiga y, otra vez, la fuerza de un hombre cuyo cuerpo está esculpido de afanes y sudores, y que logra ganar una hoja a estas gigantes bordeadas de líquenes y helechos.

En Coyolillo tiene lugar la celebración de un carnaval lleno de autenticidad. González de la Parra se detiene en la máscara y el disfraz, "instrumentos esenciales de la subversión y el exceso carnavalesco" (Horacio Guadarrama). Los niños recurren a las máscaras de luchador, antifaces y máscaras de madera artesanales y se visten con telas floreadas y listadas, con galones o remedando hilachos; utilizan también mascaradas y guantes para desaparecer como sí mismos y emerger como personajes de una fiesta enteramente popular.

Durante los últimos dos años el autor se ha dedicado a un ensayo que versa sobre la música caribeña de raíz afrocubana hermanando al Puerto de Veracruz, en México, y a Cartagena de Indias, en Colombia, en donde estuvo por tres meses para acudir al carnaval del barrio de Getsemaní, población negra que fuera brutalmente reprimida durante las luchas de Independencia a principios del siglo XIX. En ambos países, un recorrido por salones de baile y fiestas populares para retratar a músicos y bailarines, el fotógrafo rastrea la imagen de esa forma de permanencia y resistencia afincada en el ritmo, la cadencia y el movimiento de los cuerpos.

En México-Tenochtitlan, marzo de 2007
Año del maíz y la tortilla